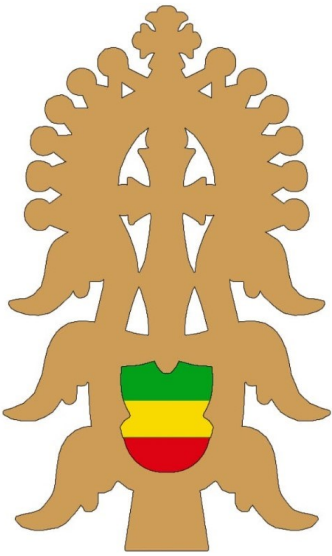




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The 2nd Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

Thes. 4:1– 13; 1 Pet 1: 13-end; Acts 10: 7 - 30

Psalms 96:5-6;

Mat. 6:16-25

The Anaphora of Saint Epiphanius

Santidad

«Porque todos los dioses de las naciones son ídolos, pero el SEÑOR hizo los cielos. Honor y majestad están delante de Él; fuerza y belleza están en Su santuario.» «Cuando ayunéis, no tengáis rostro triste como los hipócritas... Nadie puede servir a dos señores: no podéis servir a Dios y a las riquezas.»

Amados en Cristo,

gracia y paz sean con vosotros de parte de nuestro Señor Jesucristo. Hoy las Santas Escrituras nos invitan a meditar sobre dos verdades profundas: la incomparable majestad de nuestro Dios y la orientación del corazón humano en la adoración, el ayuno y la consagración.

El salmista proclama con inquebrantable certeza: «Porque todos los dioses de las naciones son ídolos, pero el SEÑOR hizo los cielos». Toda creación, todo poder que el hombre exalte en lugar del Altísimo, no es más que un ídolo. Ya sea tallado en madera o piedra, o forjado por el deseo humano, estos dioses no pueden crear, ni sostener, ni salvar. Solo el Señor, Creador de los cielos, posee verdadera autoridad, poder y gloria.

Consideremos el testimonio de nuestros padres en el Antiguo Testamento. En el monte Carmelo, Elías confrontó a los profetas de Baal. A pesar de sus gritos, rituales y fervientes demostraciones, su dios permaneció en silencio. Solo el Dios vivo respondió con fuego del cielo, demostrando de manera inequívoca que «el SEÑOR hizo los cielos» (1 Reyes 18:20–40). Honor y majestad se manifestaron ante Él; fuerza y belleza habitaron en Su santuario. Así vemos que el Señor no solo es trascendente, sino que también está presente de manera real en Su santidad.

En el Nuevo Testamento, esta majestad se revela plenamente en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Él, el Verbo hecho carne, sostiene toda la creación y, sin embargo, se humilló para entrar en nuestro mundo. Como afirma san Pablo: «Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, visibles e invisibles» (Colosenses 1:16). El verdadero honor y la verdadera majestad son inseparables de la santidad y la justicia. La fuerza y la belleza no se encuentran en el artificio humano ni en el esplendor mundano, sino en el santuario de Dios: Su Iglesia, Su templo y los corazones de aquellos que Lo adoran en espíritu y en verdad.

Desde la perspectiva ortodoxa etíope, nuestra sagrada liturgia da testimonio de esta realidad. Nuestros tabots, cruces y vasos sagrados no son un fin en sí mismos; ellos dirigen nuestros corazones hacia la fuente de toda creación. La belleza y la fuerza que contemplamos en el santuario reflejan la presencia divina y nos recuerdan que solo el Señor es digno de nuestra adoración.

Nuestro Señor continúa esta enseñanza en Mateo 6, dirigiéndose a la vida interior y a la orientación del corazón: «Cuando ayunéis, no tengáis rostro triste como los hipócritas... Nadie puede servir a dos señores: no podéis servir a Dios y a las riquezas». El ayuno, la oración y la limosna no deben ser exhibidos como signos de piedad, sino practicados en secreto, pues el Padre que ve en lo oculto recompensa abiertamente. El Antiguo Testamento nos muestra el peligro del corazón dividido: Israel, seducido por el becerro de oro, se apartó de Dios hacia un ídolo (Éxodo 32). Daniel, en cambio, permaneció firme en Babilonia, rechazando la comida del rey para servir al único Dios verdadero (Daniel 1). Dios honra la sinceridad del corazón, no la apariencia exterior.

San Pablo reitera este llamado a la orientación celestial: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Colosenses 3:2). Los tesoros del corazón deben acumularse en el cielo, no enterrarse en riquezas del mundo, orgullo o ambición pasajera. Nuestras disciplinas espirituales —ayuno, oración y limosna— son instrumentos de santificación, no exhibiciones de grandeza humana.

Amados fieles, examinemos hoy nuestros corazones. ¿Qué ídolos, visibles o invisibles, hemos puesto delante del Creador del cielo y de la tierra? ¿Ayunamos para impresionar a los hombres o para acercarnos a Dios? ¿Servimos los deseos del mundo o Aquel que solo tiene las llaves del cielo? En los lugares ocultos de nuestra alma, donde solo Dios ve, se guardan los tesoros del cielo, y allí nuestro celo produce fruto eterno.

Al participar en los ayunos de la Iglesia, en las vigiliass de oración y en las ofrendas sagradas de nuestra vida, recordemos: nuestro Señor no es Mamón, sino el Señor de la gloria. Que nuestros corazones sean indivisos, nuestra devoción sincera y nuestros tesoros eternos. Que el Señor, que hizo los cielos, habite en nuestros corazones por Su Espíritu Santo. Que Su honor, Su majestad, Su fuerza y Su belleza nos transformen, para que Le sirvamos con corazón íntegro y en perfecta unidad, hasta el día en que Le contemplemos cara a cara en el Reino de los cielos.

Amén.